

Lazos públicos, desencuentros privados: Jesús Emilio Valenzuela, Amado Nervo y la *Revista Moderna de México*

MARCELA REYNA

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS, UNAM

En público Jesús Emilio Valenzuela y Amado Nervo representaban un proyecto común, la Revista Moderna, editada de 1898 a 1903; en septiembre de ese mismo año reapareció con el formato de magazine mensual y con el agregado "de México" que ostentó hasta 1911. En varias de sus páginas, el público leyó apologías y panegíricos que Valenzuela y Nervo se dedicaban entre sí y a sus colaboradores, contra las voces que denostaban al decadentismo y al modernismo. Sin embargo, en privado estos autores construyeron poco a poco el inútil y agrietado puente de los malos entendidos que los condujo al fin de tal publicación.

Las cartas que se han recuperado de Jesús E. Valenzuela, su hijo Emilio y Rodolfo Arturo Nervo Ordaz, hermano de Amado, son documentos fundamentales para conocer el modus operandi de la Revista Moderna de México en sus postrimerías, así como algunas de las causas que propiciaron la ruptura de sus directivos. Fechadas entre el 3 de enero de 1908 y el 18 de febrero de 1910 desde la ciudad de México con destino a Madrid, algunas misivas dejan oír en off la voz de Amado*

* Agradecemos la colaboración siempre generosa de Alicia Reyes, Janine Nervo viuda de Padilla y Rafael Padilla Nervo.

Nervo como un interlocutor indispensable e incómodo para las expectativas de la revista.

En 1895, al año siguiente de haber llegado Nervo a la ciudad de México y veintidós años después de que Valenzuela lo hiciera, Balbino Dávalos los presenta. En su tertulia, el recién llegado también conoció a José Juan Tablada y a Bernardo Couto Castillo, dos de los futuros fundadores de la revista, y a autores como Luis G. Urbina. También trabó amistad con Julio Ruelas, el artífice de los grabados característicos de la publicación a lo largo de sus dos épocas. En ese entonces Jesús Emilio, dueño de una riqueza venida a menos, rondaba los cuarenta años y Amado, procurando evitar la pobreza, se acercaba a los veintiséis. En aquel 1895, el nayarita ofreció a los lectores de El Nacional una de sus "Semblanzas íntimas" que trataba sobre la generosidad del autor de Almas y cármenes:

Seguro de que no hay un poeta metropolitano de la nueva generación que no haya comido con Chucho Valenzuela, a costillas de Chucho, se entiende, lo cual no es censurable, ya que el anfitrión fue rico de oro y lo fue y lo es de sueños, y los comensales lo eran y lo son de sueños... nada más. [...] Los comensales eran pobres, sí, muy pobres, y Valenzuela muy rico: poseía minas en Chihuahua y lotes en la Reforma [...] Era muy rico, sí, y abrió las manos [...] y vio que la fortuna también tenía alas. [...] ¡La fortuna! ¡Minas en Chihuahua! ¡Lotes en Reforma!... ¡Más se perdió en el diluvio! [...] Pero antójaseme que el poeta es un niño grande y que si volviesen las minas de Chihuahua y los lotes de la Reforma, volverían asimismo las prodigalidades en beneficio de... cualquiera, lo cual es muy evangélico, aunque la palabra pese a Valenzuela... (Nervo 1962 II 22-23).

El 1º de julio de 1898, este "buen samaritano" de las sendas literarias apoya la idea original de Couto Castillo y Tablada de fundar la Revista Moderna, con miras a ofrecer una literatura contestataria al

“orden y progreso” del gobierno y la sociedad porfiristas, es decir, una literatura moderna. Se sabe que para entonces, Nervo “había conquistado un nombre literario y que ya era amigo de los escritores de la Revista Moderna, solamente que su nombre no aparecía entre los redactores porque así lo había pedido en virtud de hallarse ligado con los periódicos del editor Reyes Spíndola, de quien no quería perder la amistad” (Campos 51). El poeta nayarita colaboraba junto con Urbina y Carlos Díaz Dufío en las publicaciones de Rafael Reyes Spíndola: el periódico El Imparcial, el diario El Mundo y el semanario El Mundo Ilustrado del cual llegó a ser director.

Además de ser la concreción editorial del modernismo, la Revista Moderna constituyó un producto que para realizarse requería de insumos (los textos de los colaboradores, el papel y la tinta) y de trabajo constante y dinero que no siempre eran fáciles de allegarse. Fue precisamente Valenzuela quien mantuvo el proyecto desde el principio con la colaboración de Jesús Luján, algodonero chihuahuense muy adinerado a quien convenció de que contribuyera económicamente al magazine cuando pasaba por una “crisis horrible” (Valenzuela 127). Con este apoyo, vinieron mejores tiempos para la publicación y sus colaboradores, cada uno de los cuales abrevó de la fuente monetaria y arrojó su tributo literario. Luego los amigos políticos y empresarios alimentaron la economía de la publicación. El tiempo, por desgracia, fue secando la abundancia y Valenzuela quedó casi solo y con menos fortuna, especialmente conforme se acercaban los últimos años del porfiriato.

Nervo, lo mismo que otros artistas contemporáneos, frecuentaba la casa en Tlalpan del generoso duranguense y compartía con él la mesa, el estudio y el bar. Antes de su viaje a París en abril de 1900, inicialmente como corresponsal de El Imparcial, “Valenzuela suplicó al poeta que enviara también a la Revista Moderna su colaboración” (Campos 87). Nervo cumplió con los deseos de su benefactor y mandó sus artículos a la revista. La respuesta de Reyes Spíndola fue una carta en

la que le informaba su despido de la corresponsalía de su diario. Nervo buscó entonces otro modo de sobrevivencia en aquellas tierras, como sus traducciones en coautoría con Rubén Darío y el mecenazgo de Miguel Bringas.

El autor de El bachiller regresó de su viaje a principios de 1902. Al año siguiente pactó con Valenzuela la propiedad de la renovada publicación, según lo dice en Mis recuerdos: "le cedí (gratis, ante notario, quien le dio un valor de mil pesos), la mitad de la Revista Moderna" (Valenzuela 134). Para Nervo, esta oportunidad representaba un medio más de ganarse la vida (quizá no el más lucrativo, pero seguro), además de una de las muchas ventanas en las cuales exhibir su obra, para entonces renombrada.

Valenzuela no explica por qué le cede parte de la propiedad. Posiblemente porque lo tenía por "muy trabajador y empeñoso en lo que se propone hacer", según él mismo lo describió (140). Se sabe que Nervo "fue siempre un infatigable trabajador. Envuelto en las agobiantes labores del diarismo, cumplida su tarea de cronista dominical, le quedaba espacio aún para escribir versos, cuentos y novelas cortas, y hasta para hacer largas traducciones del inglés y del francés. En los teatros, verlo no era cosa de extrañar, puesto que andaba proveyéndose de material para sus crónicas; pero también se le veía en los tés literarios, y en el salón de patinar de la Alameda, por la noche" (López Ordaz I 57). Esta laboriosidad se observa desde varios años antes, pues a los veintiuno debió abandonar sus estudios para trabajar y contribuir a la manutención de la casa materna. Valenzuela esperaba entonces que su nuevo socio cumpliera dedicadamente con su compromiso. Así se anuncia en el número de julio de 1905 en la Revista Moderna de México, cuando se da a conocer al público la partida de Nervo a España como segundo secretario de la Legación de México en Madrid. En el aviso se lee: "Su ausencia no quiere decir que su nombre desaparezca de la Revista Moderna, ni mucho menos; desde la metrópoli

española escribirá para nuestro Magazine, con la alta inteligencia y exclusiva inspiración con que siempre ha abrigado las columnas de este periódico". El convenio era que en su papel de socio, el poeta nayarita empujara el proyecto como autor y como editor desde Europa, enviando a México textos suyos y de otros escritores de ese continente.

Mas con el avance de los años, Amado claudicó en su esfuerzo aunque sin renunciar de tajo a sus privilegios como copropietario. Fue removiendo la revista de su escala de prioridades, dejándola en el peldaño correspondiente al de una más de sus múltiples ocupaciones, la cual no le merecía demasiado tiempo ni esfuerzo, a pesar de su acuerdo inicial.

Además del abandono de Amado, Jesús Emilio tuvo otras dificultades: el viaje de Luján a Europa y su parálisis, consecuencia de embolias sucesivas. No obstante su característica alegría y vitalidad, ya era muy difícil de realizar su deseo de mantenerse como cabeza de la publicación. Por ello nombró a su hijo Emilio de veinte años secretario de redacción para que continuara con el proyecto cultural que al mismo tiempo representaba parte de su herencia. El propio Valenzuela comenta que, a la partida de Nervo, "seguí yo solo adelante. No solo, pues desde que enfermé, mi hijo Emilio hace el periódico. Le gusta a éste y se aficiona a los versos, los cuales hace bastante bien. Si no hubiera contado con mi hijo Emilio para hacer el periódico, no sé qué hubiera sucedido con la publicación" (Valenzuela 135).

En el otro continente, lejos de la decadencia de la revista y del mismo Valenzuela, el nuevo diplomático se hallaba agobiado por sus propias responsabilidades en España y por un padecimiento estomacal. En una carta a Urbina fechada el 11 de abril de 1907, Nervo cuenta: "Mis tardes son muy atareadas en la Legación, donde a veces la tarea es tediosa, pero no más que la de cualquier otra oficina" (Nervo 1962 II 1773). Sumado a esto, desde su llegada a España el autor de la Amada inmóvil no había dejado de participar en la más variada

actividad literaria, diplomática y académica, ni de ocuparse de su propia obra; él vivía de su oficio y aprovechaba cuanta oportunidad tenía de publicar y, a la vez, de ganarse el sustento para sí y para su familia de origen y la conyugal. En esos años se unió a las lecturas organizadas por el Ateneo de Madrid; publicó Almas que pasan, En voz baja y Juana de Asbaje; continuó su labor periodística con las "Crónicas de Europa"; organizó un volumen de Lecturas literarias, constantemente envió informes para el Boletín de la Secretaría de Instrucción Pública de México, y fue ascendido a primer secretario de la Legación de México en España, entre otras muchas ocupaciones.

En apariencia apabullado por su propia actividad, en 1907 Neruo hizo una confesión en el Renacimiento de Madrid respecto de su obra poética, que bien podría extenderse a otros quehaceres como hombre de letras, incluyendo su compromiso con la Revista Moderna de México:

He hecho innumerables cosas malas, en prosa y en verso, y algunas buenas; pero sé cuáles son unas y otras. Si hubiese sido rico, no habría hecho más que las buenas, y acaso hoy sólo se tendría de mí un pequeño libro de arte consciente, libre y altivo. ¡No se pudo! Era preciso vivir en un país donde casi nadie leía libros, y la única forma de difusión estaba constituida por el periódico. De todas las cosas que más me duelen, es ésa la que me duele más: el libro breve y precioso, que la vida no me dejó escribir: el libro libre y único (II 1065).

Si le causaba dolor no haber generado ese "libro libre y único", probablemente también le dolía haber tenido que dispersarse en múltiples actividades, descuidando a veces unas, a veces otras; Neruo dejó muchas veces al magazine en la situación de las rezagadas.

Por otra parte, este autor se reservó de sus amigos y del ojo público para mantener en privado su relación con Ana Cecilia Dailliez,

su mujer desde 1901 hasta 1912, año de su muerte. En un artículo sobre Nervo y Dávalos, Gustavo Jiménez Aguirre dice cómo esta relación influyó en otros vínculos del poeta: "cambió para siempre la vida y las amistades del otrora mundano escritor. A partir de entonces, Nervo se recluyó en una 'ofensiva reserva' que Dávalos le reclamaría" (Jiménez Aguirre 260) de la misma forma en que Valenzuela le reclamó, por ejemplo, en su carta del 16 de marzo de 1909: "Aunque no creo mucho lo que usted me dice le vuelvo a preguntar, ¿cuándo viene? Ya está para concluir el invierno en que me dijo venía a esta capital".

Hubo otras varias quejas que el mecenas le externó a Nervo en las cartas que ahora atendemos. La primera, escrita en enero de 1908, se trataba de la deficiente comunicación entre ellos: "No sé a qué carta se referirá su hermano. Yo le escribí hace tiempo y no he recibido ninguna contestación". Otra aparece en la carta de marzo 19 de 1909: "Sírvasse escribirme con más frecuencia".

Asimismo, Jesús Emilio le recordó a Amado que había quedado en mantener el contacto entre la revista y algunos escritores que se encontraban en España, pero no lo hacía. Sobre esto le escribió en julio de 1908: "Ningún libro he recibido del señor Martínez Sierra remitido por usted, ni de otro modo tampoco", y en marzo de 1909: "Rubén Darío me escribió que no recibe la Revista, yo entendía que usted se la daba [...] Don Miguel de Unamuno trabaja bien. Hace mucho que no me escribe, si lo ve usted dígaselo así, y que me mande original para la Revista como lo hacía antes".

También, en esta misiva se refirió al poco material que Nervo le enviaba firmado con su nombre: "Procure mandarme más frecuentemente original escogido para el periódico. Lo hace usted muy de tarde en tarde. Ya se publicó su retrato del cual me mandó un clisé y una prueba con su leyenda respectiva". Este comentario es comprensible si se considera que sólo en 1905, año en que Nervo se fue a España,

colaboró quince veces en la Revista Moderna de México, pero de 1906 a 1908, envió únicamente veintidós.

A pesar de su desgastada salud, Jesús Emilio cumplió cabalmente con su parte del trato; con "dificultades pero he marchado adelante", anotó en su carta de julio. Así, de parte de la revista seguía pagando mensualmente cien pesos a Rodolfo Nervo, hermano de Amado; publicaba cuanto material enviaba éste y lo mantenía informado de la situación general de la publicación. Incluso se mostró interesado en su salud y lo felicitó por su ascenso a primer secretario.

Llama la atención que en las tres cartas, Valenzuela hizo referencia al dinero que su socio le hacía llegar sin informarle la finalidad: primero 200 pesos, luego otros 200 y luego 50. Igual resulta curioso que Nervo parecía pedirle que no le comentara a su hermano Rodolfo sobre estas cantidades.

Tantos señalamientos de Jesús Emilio para Amado en tan breve correspondencia evidencian que cada uno de ellos aquilatava de manera distinta la revista, como proyecto cultural, como negocio y como patrimonio personales. Tales incoincidencias ayudaron a quebrantar su relación privada y, finalmente, la sociedad literaria.

En sus memorias, dictadas a Carlos A. Serrano entre 1908 y 1909, Valenzuela intenta recordar, haciendo un gran esfuerzo, su vida y, por supuesto, el legado a la literatura que representa la Revista Moderna. En reiteradas ocasiones reconoce la obra y la labor de Tablada, de quien menciona: "Del Japón me envió varias correspondencias y unos cantos populares en verso, traducidos por él [...] Tiene una reputación general de hombre desprovisto de moralidad, pero es un gran artista y un gran poeta. Yo lo quiero mucho a pesar de que no lo veo" (Valenzuela 127-128 137). Sin embargo, no ocurre lo mismo con Nervo, de quien habla brevemente y sólo para recordar sus desencuentros: "Aunque Amado Nervo está en España, poco me envía de aquella parte del mundo. Don Miguel de Unamuno se ha dirigido directa-

mente escribiéndome y la verdad Unamuno es, para mí, uno de los grandes escritores españoles" (135).

Los últimos años de este empresario poeta "fueron deplorablemente expiatorios. Sus recuerdos fueron extinguiéndose como las velas de un tenebrario en la ceremonia de las tinieblas el Viernes Santo" (Campos 239). Lo mismo se apagaba su capacidad física, por lo que dejó definitivamente de ocuparse de la publicación y sus actividades, incluyendo la de mantener el contacto con *Nervo*. Esta labor la continuaría su hijo sin obtener más resultados, pues la última colaboración de este escritor se publicó en febrero de 1911 y se trató de algunos poemas del libro que preparaba, *Serenidad*.

Dos años después de estas cartas, en mayo de 1911, Valenzuela murió menguado física y económicamente. El día de su entierro, de aquel grupo de escritores que subsistieron gracias a su generosidad y al producto de su fortuna sólo Rubén M. Campos asistió al cortejo fúnebre. *Nervo* no apareció en escena, sino su hermano Rodolfo, quien entregó una corona de flores. Por esos días, Amado había viajado de Madrid a París, lo que quizá explique su ausencia, al igual que el antecedente de que tampoco pudo acompañar a su madre antes de morir en 1905.

Al mes siguiente del fallecimiento de Jesús E. Valenzuela, la revista hace su última aparición con una advertencia de Emilio con el título de "Lectores, ¡una tregua!":

La *Revista Moderna*, molida el alma con los graves dolores que sufre la nación, melancólica por la ausencia del más amante de sus fundadores y del único constante de sus sostenedores, pide a su benévolo lector una tregua, porque necesita hacer un alto para crear nuevas fuerzas y rehacerse de aliento y de fe. [...] Con el objeto de arreglar la puntual aparición de la *Revista Moderna*, retrasada hoy debido a lo escogido y especialmente dedicado material del presente número, esta administración pide una corta espera a los viejos favorecedores, suscritores y anun-

ciantes de la publicación. *La Revista Moderna* aparecerá con grandes novedades (RMM XVI 4 jul. 1911 190).

Sin embargo, la resurrección no ocurrió. La revista no resurgió de sus cenizas, pues éstas se dispersaron con los vendavales de la revolución política y cultural.

En este número in memoriam de su director, todavía aparece el nombre de Amado Nervo como copropietario, pero no se publica ningún artículo de él, a diferencia de los textos que expresamente escribieron Dávalos, Rafael López, Roberto Argüelles Bringas, Francisco de J. Hernández, Rafael Heliodoro Valle, Hebacuc C. Marín y Max Henríquez Ureña. Tampoco se reedita material de archivo de su autoría, a diferencia del que se incluye de Tablada, acerca de Almas y cármenes con fecha de 1905. El prólogo a este libro lo hizo Nervo; que este texto no haya sido aprovechado como parte del homenaje da prueba de que la relación entre él y los Valenzuela se fracturó tiempo atrás de manera irremediable.

Sin embargo, al final de sus días, Amado intentó cumplir con la promesa que le hiciera a Jesús Emilio de no desamparar a sus hijos, así que en su testamento incluye esta cláusula: Amado Nervo "lega a los hijos del finado D. Jesús E. Valenzuela, de México, director que fue de la Revista Moderna, amigo fraternal del testador y de quien éste recibió señaladas muestras de afecto, la cantidad de diez mil pesetas, que se distribuirán entre los legatarios por partes iguales y en pleno dominio" (López Ordaz II 53).

Los resbalosos amarres entre Nervo, Valenzuela y el magazine ilustrado se desataron en silencio, aunque en voz alta ambos pretendieran ser sólidos eslabones de una cadena. El comienzo de la Revolución un año antes, con todas sus implicaciones políticas, sociales y económicas, también tuvo su papel para este desenlace.

Además, la revista que se llamó a sí misma moderna se fue volviendo un árbol viejo frente al retoño literario que se erigía con el nuevo

Ateneo de la Juventud. Quizá si el nayarita hubiera apostado más por ella junto a Valenzuela, ésta hubiera tenido mayor proyección internacional y una vida más larga. La realidad es que la Revista Moderna de México murió con su fundador, apartados ambos de un talentoso, pero demasiado ocupado Nervo en quien fundaron buena parte de su esperanza de trascender.

BIBLIOHEMEROGRAFÍA CITADA

- CAMPOS, Rubén M. *El bar. La vida literaria de México en 1900*. Prólogo de Serge I. Zaïtzeff. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- JIMÉNEZ AGUIRRE, Gustavo. "Balvino Dávalos y Amado Nervo, distantes simetrías". En *Literatura Mexicana*, revista del Centro de Estudios Literarios de la Universidad Nacional Autónoma de México, XI-2, 2000, pp. 253-262.
- LÓPEZ ORDAZ, Juan Rogelio. *Amado Nervo. Mosaico biográfico*, 2ª ed. 2 vols. Tepic, Nayarit: Gobierno del estado de Nayarit, 1992.
- NERVO, Amado. *Obras Completas*. 3ª ed. 2 vols. Recopilación, prólogo y notas de Francisco González Guerrero (prosa) y Alfonso Méndez Plancarte (poesía). Madrid: Aguilar, 1962.
- Revista Moderna de México*, vol. XVI, núm. 4, julio de 1911, p. 190.
- VALENZUELA, Jesús E. *Mis recuerdos*. Prólogo y edición de Vicente Quiarte. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001.